

FUNCION SOCIAL DEL ARQUITECTO

POR GONZALO YÁNES DÍAZ.

En los tiempos que corren difícilmente se puede desconocer la dinámica de una sociedad en continua evolución. Tampoco se puede desconocer la presencia de todos los hombres en la empresa de manifestar su actitud personal en la supuesta o lograda solución al problema del diario vivir. Así como el intelectual también el filósofo, el empresario, el peón de albañilería enfocan la vida de diversa manera. Según sus particularidades individuales Pero esta trama de actividades y especialmente de actitudes determina un mundo complejo cuyas características, se supone, deben ser aprendidas por el arquitecto.

¿Por qué ésto es así? o ¿Por qué ésto debe ser así? Sin duda la mejor arquitectura provendría del mejor conocimiento que del hombre tenga el arquitecto. Y no tan sólo del conocimiento del hombre, sino de los contactos entre individuos y de las interrelaciones entre las comunicaciones aisladas o agrupadas, o sea campo y ciudad, ruralismo y urbe. Es indiscutible el hecho de que el arquitecto no está a la vera



de los conocimientos sociales; el arquitecto es un participante activo del proceso social y en esta situación no se le puede permitir el aislamiento voluntario o involuntario

El arquitecto está obligado a responder a las demandas de *toda la sociedad*. Tómese esta última frase como la síntesis del problema "Toda la sociedad" es algo más que la selección de núcleos sociales predilectos.

Muy a pesar de que ha predominado más un tipo de construcciones, improvisadas, o deliberadamente ineficaces, mal llamadas arquitectónicas, la obra de los arquitectos ha cobrado más cuerpo entre los medios urbanos y no está lejano el día en que las ciudades ostentarán una fisonomía que exprese los contenidos universales de la Arquitectura: expresión corpórea de espacios habitables por el hombre y expresión colateral del arte contemporáneo, es decir, que la Arquitectura no se muestra como la excepción, en el tejido urbano, sino más bien como la regla. Particularmente no creemos que los obstáculos que entorpecen el desarrollo inmediato de aquel futuro arquitecto cuya enumeración no es del caso mencionar sean insalvables. Todo lo contrario: el hecho sintomático de la apertura de nuevas y numerosas escuelas de Arquitectura sobre nuestro globo evidencia el interés actual que las diferentes culturas regionales han mostrado en favor de aquella.

Hemos dicho que la obra arquitectónica ha cobrado más cuerpo en los medios urbanos porque éstos han sido los que con mayor fuerza han demandado la presencia de los arquitectos. Desgraciadamente aún no se ha estructurado ni mucho menos expandido la beneficiosa consideración de los arquitectos que trabajen en equipo, solucionando el problema de la vivienda rural.

Esto no significa que el arquitecto como tal, no esté preparado actualmente para resolver el albergue rural: su conocimiento sobre las necesidades vitales del hombre y su capacitación van más allá del binomio campo-ciudad; véase, si no, las grandes posibilidades que tendría la arquitectura de la colonización de nuevos mundos estelares; más bien se trata de considerar el hecho de que la presencia del arquitecto en el medio rural es necesaria y fundamental para rehabilitar las tradicionales formas de vida; y decir medio rural es decir medio obrero urbano y también medio industrializado.

Es fácil presumir que las mismas masas rurales son incapaces de ofrecer un incentivo económico para el arquitecto; por otra parte, el señalado énfasis que la educación académica ha manifestado en el campo de la creciente actividad arquitectónica difícilmente puede expresarse en un medio comparativamente carente de la espectacularidad que

ofrece el marco urbano. No queremos decir, sin embargo, que las posibilidades del hacer arquitectónico tocante a la función y a la plástica son inexistentes en el medio rural. Queremos decir, más bien, que la misma estructura del campo, es una disgregación de las viviendas, evita el que la obra arquitectónica se "muestre" y se "ofrezca" gallardamente tal como ocurre en el ámbito urbano, tanto por su aislamiento como por la circunstancia derivada del mismo, como es la falta de términos contrastantes y, por ende comparativos, que abundan en la ciudad.

Como la sociedad no es tan sólo circunstancia urbana, sino también rural, y en la medida en que el arquitecto ha rendido sus frutos más completos en el ambiente citadino, es justo reconocer y destacar lo más ostensiblemente posible la ausencia del arquitecto rural. Insistimos en que el arquitecto, por esta última razón, no está privado de analizar y enfocar y visualizar el complejo de vida campesina, sino que, sin duda, adolece de una falta de contacto permanente con el fenómeno social y el contenido humano rural, quizá, más que todo, por razones de orden económico.

En la medida en que el arquitecto como tal está capacitado para resolver todo género de problemas que se refieran al albergue del hombre, es natural que un mayor conocimiento de la realidad de vida del obrero, del industrial, del campesino y del burocrata darán un trasfondo necesario para que el arquitecto pueda ubicar el problema de la casa habitación, de las salas de diversiones, de los edificios escolares, de los espacios urbanísticos. Gran parte de la arquitectura popular rural ha permanecido como un producto netamente regional, invariable, autóctono y hasta folklórico, como un fenómeno aislado e inexistente para el potencial creativo del arquitecto.

Las condiciones de vida son, por lo general, desastrosas y ello no es carácter privativo del área salvadoreña o centroamericana, sino de un amplio sector en Latinoamérica. Muchas personas de nuestra época se han contentado con cantar al rancho, al bohío, a la choza campesina, sin mostrar realmente la otra cara de la moneda: promiscuidad, antihigiene y desvalorización de espacios. Cuando mucho, han sido más o menos frecuentes algunos cursillos para postgraduados sobre Vivienda Rural que no han sido suficientemente proyectados hacia programas de desarrollo regional para atacar el grave problema de no sólo la habitación campesina, sino de todo lo que con ella se refiere: núcleos cívicos, servicios sociales como hospitales, escuelas, cooperativas, etc. Queremos hacer patente la singularidad de esta situación: este poco o ningún contacto existente entre el arquitecto contemporáneo ante los problemas arquitectónicos rurales ha mantenido

un distanciamiento desventurado: el maestro o el médico rurales tienen un enfoque más certero sobre las condiciones campesinas en su especialidad porque han vivido los problemas del campo; la identificación de hombre de hábitos citadinos con grupos rurales es muy difícil de considerar como preestablecida, en verdad la barrera campo-ciudad siempre ha sido difícil de reducir, pero la circunstancia de que el arquitecto cultiva una especie de comprensión inmediata de las condiciones generales que rodean al hombre medio (*dimensiones físicas, psicológicas, intereses espirituales e intelectuales*) hacen que su comprensión del campesino sea casi un hecho, y en medida en que la aproximación campesino-arquitecto sea mayor las soluciones dadas por éste último a aquél serán más justas. Sin embargo, las condiciones en que el binomio campo-ciudad oscila son diametralmente opuestas, tanto en países desarrollados como en los sub-desarrollados. La industrialización como cimiento del desarrollo urbano exige la atomización de los individuos, la despersonalización del hombre, en tanto en el campo, si bien el aislamiento es mayor, las relaciones y la conciencia individual están más altamente desarrolladas. Por una parte, en la ciudad los grupos o asociaciones son más definidos, más perfilados, mientras que en el campo las agrupaciones no llegan a tener la suficiente cohesión socio-económica para presentar un cuadro de necesidades estructuradas al arquitecto, en términos de rehabilitar o transformar el albergue rural. Como son imprevisibles las circunstancias de que la frontera entre campo y ciudad se eliminen en un futuro inmediato, *sólo queda la posibilidad de que sea el arquitecto, individual o colectivamente, quien proponga un entendimiento para resolver el problema de la vivienda y núcleos urbanísticos campesinos*

Esta posibilidad, de realizarse, tendría dos funciones: la primera, que consiste en profundizar la problemática de vida ofrecida por el campesino, y la segunda, la aprehensión del problema de conjunto. De esta manera, el arquitecto podría ser considerado como un individuo que está en contacto, y por tanto será un conocedor, de la situación campo-ciudad, es decir, tendría en su haber de conocimientos el justo enfoque de la sociedad entera — el macrocósmo arquitectónico rural y urbano.

Sobre esta base se podrían hacer consideraciones en relación al arquitecto como guía de la sociedad, en la medida de que sea un conocedor de los dos renglones ciudad-campo, arriba indicados. Actualmente el arquitecto podría ser apreciado en la sociedad urbana, por consiguiente, como orientador de la misma; en lo que se refiere al desarrollo físico de espacios habitables hecha esta aclaración intentaremos un análisis de las situaciones dentro de las cuales el arquitecto

asumiría este papel. Descartada la posibilidad de que el arquitecto tuviese una orientación moralista, o política, o económica, puesto que en nuestra sociedad operan individuos con estos mismos atributos y especializados en grado sumo, tendríase al arquitecto, ya que su capacidad de creador de espacios habitables lo permite, como la persona que pudiese modificar, a través de su profesión, ciertas formas de vida en beneficio de la colectividad. En este contexto es fácil distinguir las enormes posibilidades del arquitecto: si bien es cierto que el arquitecto está limitado por las exigencias de un programa de necesidades a resolver, también lo es el que, a través de su terminología y lenguaje creadores en función de espacios habitables puede y debe ajustar las formas de vida tradicionales a su expresión y solución arquitectónicas, pero reservándose la posibilidad de proporcionar ciertas alternativas que modifiquen viejas estructuras de vida las cuales representan peligro para el mejor desenvolvimiento de la misma

Es de lamentar el hecho de que, en general, nuestras Escuelas de Arquitectura trabajen independientemente de muchas otras ramas del conocimiento del hombre las cuales se encuentran actualmente en un lugar francamente preeminente, tales como la Antropología y la Sociología. Con ello no queremos significar que el arquitecto debe devenir también en Antropólogo o en Sociólogo, pero cuando en los recintos universitarios consagrados al estudio de la Arquitectura se analicen los distintos juegos y dinámica de las comunidades rurales y de los grandes centros de población en su substancia orgánica que no es otra cosa que el hombre mismo, entonces tendríamos la enorme ventaja que representa el conocer a este ser que es el niño, el adolescente, el padre, la madre, los elementos que constituyen la familia, como una unidad orgánica que jamás será enclaustrada en un espacio preconcebido, prehecho, valga la expresión; entonces el arquitecto sí podrá ser considerado plenamente como guía de la sociedad, en el sentido que, mediante los espacios resultantes, no de la fórmula académica especializada en la vivienda residencial, en la habitación clase media, en el edificio que ostenta el progreso de la economía e industria de un país, sino del paciente estudio de las relaciones profundamente humanas del hombre, que incluirá el conocimiento de los hábitos en el comer, el trabajar, el descansar, el divertirse, el trasladarse, el demandar una mejor manera de vivir en sociedad, el reproducirse, el constituirse espiritualmente en parte integrante del Universo el hombre está en condiciones de vivir en armonía con sus semejantes. Y no se trata tan sólo de las formas de vida, sino también del carácter y la personalidad del hombre, en sus diversas maneras de ser: agresivo, indiferente o conformista; en la determinación por dignificar su vida en función

de un progreso social unánime; en la medida en que la familia crece físicamente. Todas estas alternativas de vida deberían tener una respuesta en Arquitectura, pero la Arquitectura como hoy se concibe y tal como los arquitectos se consideran a sí mismos hace pensar en que es el hombre quién está en deuda con la arquitectura y los arquitectos, cuando en el fondo el problema es todo lo contrario. Cada vez que trata de salvaguardarse a la arquitectura de toda "impureza", de mantenerla en un sitio inmarcesible donde sólo cuenta la "forma" y la "función" estricta, cada vez que la arquitectura se vuelve menos humana, pero más "excelsa", estaremos haciendo arquitectura para museos, reuniendo material para que los estudios de la historia del arte del año 2500 analicen las obras de hoy con la frialdad con que se analizan las obras del pasado, con motivo de ser obras maestras consagradas muchas veces más por su dinámica plástica que por su contenido humano.

Nuestra inconformidad no va contra las conquistas estéticas, sino contra la ceguera de legiones de arquitectos que destruyen su capacidad y su entendimiento en su búsqueda de la originalidad: la "intocabilidad" de la arquitectura desposeída de aquél espíritu que sólo la morfología del hombre que invade las ciudades en busca de mejor vida, puede ofrecer como carácter sustancial y que siempre construye su casa en la mayoría de los casos sin el auxilio del arquitecto; en estas circunstancias nacen y proliferan los grandes centros de tugurios que rodean a las ciudades, sin ningún orden ni aprovechamiento máximo de espacios y materiales de construcción, y sin una adecuación de su carácter migratorio con la conducta que la vida de la ciudad exige de sus habitantes. Para que el arquitecto pueda concebirse como guía de la sociedad debe adoptar una actitud totalmente revolucionaria, como revolucionaria es la urbanización, fenómeno conexo con el otro de la industrialización. Asimismo queda también otro campo virgen: el que se refiere a la arquitectura rural, hasta hoy todavía tan abandonada. Por ello la fisonomía de las ciudades adopta los caracteres del desorden, de tal suerte que la mayor parte de las construcciones de habitantes de clase media y obrera está en manos del empirismo y de la improvisación, mientras los arquitectos están empeñados en mantener a su arquitectura en proceso de desarrollo, inclusive, pero alejada de los auténticos problemas de la mayoría de la población.

En arquitectura se habla mucho del conocimiento del hombre, tal como debe ser, pero no basta establecer este juicio que muchas veces se mantiene como un ideal pretendido. El conocimiento del hombre no nos llevaría tan sólo a consideraciones de orden práctico, moral o espiritual: no existe duda alguna de que el hombre debe ser analizado por el arquitecto hasta en sus últimas manifestaciones, acciones y omisiones,

no como un espécimen aislado y puesto a prueba en completa soledad, sino, y lo que es mejor, en relación directa con su medio, su familia, su ambiente de trabajo, su actitud frente a la vida. En general se puede considerar que no basta el enfoque mecánico de los espacios habitables por el hombre actuando dentro de una rica gama de valores como el comportamiento en familia, en política, en religión, en el trabajo. De este modo, la labor del arquitecto en función de la sociedad no debe considerarse de modo que éste se erija frente a todos como un conductor de pueblos hacia metas mejores de bienestar social, en el sentido de una actitud política o moralizante. Más bien se trata de considerar al arquitecto como un individuo que moldeará espacios de manera que ofrezca siempre las mejores alternativas de vida; guía del hombre por senderos que hablan el lenguaje arquitectónico de los espacios habitables; y guía de la sociedad en la manera de proponer, organizar y realizar los espacios propios para el desarrollo de las comunidades aisladas o asociadas.